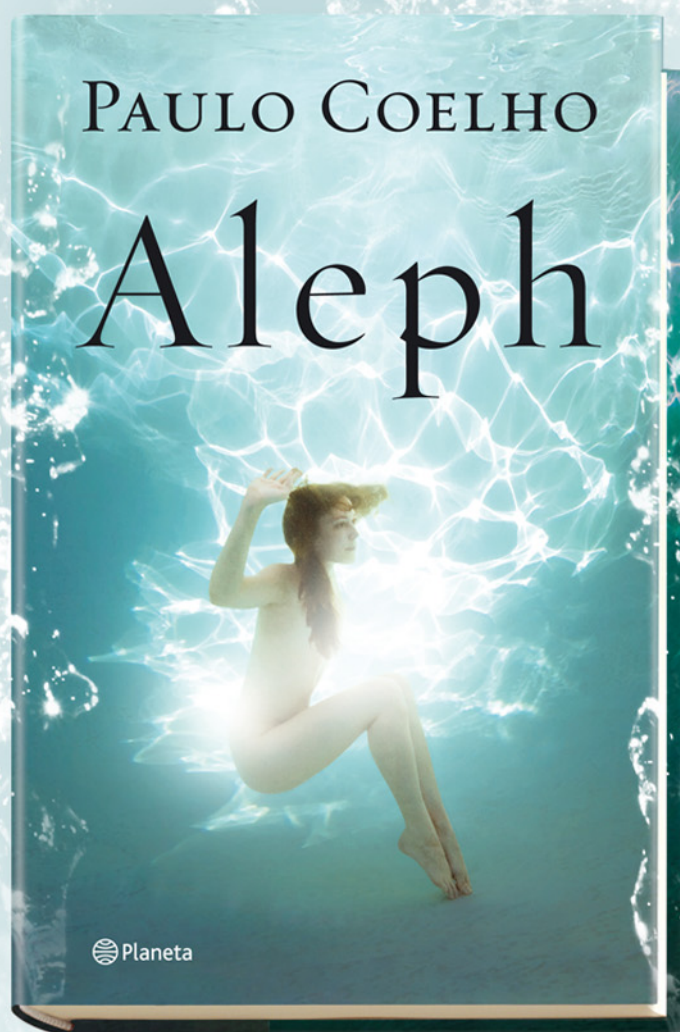


1er capítulo
Aleph
Paulo Coelho



HOY EMPIEZA TU NUEVA VIDA

A veces, necesitamos que todo vuelva a cobrar sentido, que las piezas encajen de nuevo y mirar la vida con perspectiva. *Aleph* es un viaje que te conduce a reescribir tu destino.

Paulo Coelho

Aleph

Traducción de Ana Belén Costas

 Planeta

Ésta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y sucesos que aparecen son producto de la imaginación del autor o bien se usan en el marco de la ficción. Cualquier parecido con personas reales (vivas o muertas), empresas, acontecimientos o lugares es pura coincidencia. El editor no tiene ningún control sobre los sitios web del autor o de terceros ni de sus contenidos ni asume ninguna responsabilidad que se pueda derivar de ellos.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Título original: *O Aleph*

© Paulo Coelho, 2010

Publicado de acuerdo con Sant Jordi Asociados, Barcelona (España)

© por la traducción, Ana Belén Costas, 2011

© Editorial Planeta, S. A., 2011

Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

Primera edición: septiembre de 2011

Depósito Legal: NA. 2.031-2011

ISBN 978-84-08-10487-2

ISBN 978-85-7542-577-0, editor Sextante, Río de Janeiro, edición original

Composición: Fotocomposición gama, sl

Impresión y encuadernación: Rotativas de Estella, S. L.

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**

Rey de mi reino

¡No!

¿Otro ritual? ¿Otra invocación de las fuerzas invisibles para que se manifiesten en el mundo visible? ¿Qué tiene eso que ver con el mundo en que vivimos hoy en día? Los jóvenes salen de la universidad y no encuentran trabajo. Los mayores llegan a la jubilación sin dinero para nada. Los adultos no tienen tiempo para soñar; se pasan desde las ocho de la mañana hasta las cinco de la tarde luchando para mantener a su familia, pagar el colegio de sus hijos, afrontando lo que todos conocemos con el nombre de «dura realidad».

El mundo nunca ha estado tan dividido como ahora: guerras religiosas, genocidios, falta de respeto por el planeta, crisis económicas, depresión, pobreza. Todos quieren resultados inmediatos para resolver al menos algunos de los problemas del mundo o de su vida personal. Pero las cosas parecen cada vez más negras a medida que avanzamos hacia el futuro.

¿Y yo aquí, intentando avanzar en una tradición espiritual cuyas raíces están en un pasado remoto, lejos de todos los desafíos del momento presente?

Junto a J., al que llamo mi maestro aunque empiece a tener dudas al respecto, camino hacia el roble sagrado, que lleva ahí más de quinientos años, contemplando impasible las agonías humanas; su única preocupación es entregar las hojas en invierno y volver a recuperarlas en primavera.

Ya no soporto escribir sobre mi relación con J., mi guía en la Tradición. Tengo decenas de diarios llenos de anotaciones de nuestras conversaciones, que nunca releo. Desde que lo conocí en Amsterdam en 1982, aprendí y desaprendí a vivir un centenar de veces. Cuando J. me enseña algo nuevo, pienso que tal vez sea ése el paso definitivo para llegar a la cima de la montaña, la nota que justifica toda la sinfonía, la palabra que resume el libro. Paso por un período de euforia, que poco a poco va desapareciendo. Algunas cosas quedan para siempre, pero la mayoría de los ejercicios, de las prácticas, de las enseñanzas acaban desapareciendo en un agujero negro. O, al menos, eso parece.

El suelo está mojado, imagino que mis zapatillas deportivas, meticulosamente lavadas hace dos días, estarán otra vez llenas de barro cuando dé algunos pasos más, a pesar del cuidado que pueda tener. Mi búsqueda de sabiduría, paz de espíritu y conciencia de las realidades visible e invisible se ha convertido en una rutina que ya no da resultado. Cuando tenía veintidós años, empecé a dedicarme al aprendizaje de la magia. Pasé por diversos caminos, anduve al borde del abismo durante muchos años, resbalé y caí, desistí y volví. Imaginaba que, cuando llegase a los cincuenta y nueve años, estaría cerca del Paraíso y de la tranquilidad absoluta que creía ver en las sonrisas de los monjes budistas.

Al contrario, parece que estoy más lejos que nunca. No estoy en paz, de vez en cuando entro en grandes conflictos conmigo mismo, que pueden durar meses. Y los momentos en los que me sumerjo en una realidad mágica duran tan sólo unos segundos. Lo suficiente para saber que este otro mundo existe, y lo bastante para dejarme frustrado por no ser capaz de absorber todo lo que aprendo.

Llegamos.

Cuando acabe el ritual voy a hablar seriamente con él. Ambos colocamos las manos sobre el tronco del roble sagrado.

J. pronuncia una oración sufí:

«Oh Dios, cuando presto atención a las voces de los animales, al ruido de los árboles, al murmullo del agua, al gorjeo de los pájaros, al zumbido del viento o al estruendo de un trueno, percibo en ellos un testimonio de Tu unidad; siento que Tú eres el supremo poder, la omnisciencia, la suprema sabiduría, la suprema justicia.

»Oh Dios, Te reconozco en las pruebas que estoy pasando. Permite, oh Dios, que Tu satisfacción sea mi satisfacción. Que yo sea Tu alegría, esa alegría que un padre siente por un hijo. Y que yo me acuerde de Ti con tranquilidad y determinación, incluso cuando sea difícil decir que Te amo.»

Generalmente, en este momento yo debería sentir –durante una fracción de segundo, pero me bastaba– la Presencia Única que mueve el Sol y la Tierra y mantiene las estrellas en su sitio. Pero hoy no quiero hablar con el Universo; basta con que el hombre que está a mi lado me dé las respuestas que necesito.

Él retira las manos del tronco del roble, y yo hago lo mismo. Me sonrío y yo le sonrío. Nos dirigimos, en silencio y sin prisas, a mi casa, nos sentamos en la terraza y tomamos un café, todavía sin hablar.

Contemplo el árbol gigante en el centro de mi jardín, con una cinta alrededor de su tronco, puesta allí después de un sueño. Estoy en el pueblo de Saint Martin, en los Pirineos franceses, en una casa que ya me arrepiento de haber comprado; acabó poseyéndome, exigiendo mi presencia siempre que es posible, porque necesita alguien que cuide de ella para mantener viva su energía.

—Ya no consigo evolucionar —digo, cayendo siempre en la trampa de hablar en primer lugar—. Creo que he llegado a mi límite.

—Qué interesante. Yo siempre he intentado descubrir mis límites y hasta ahora no he podido llegar hasta allí. Pero mi universo no colabora mucho, sigue creciendo y no me ayuda a conocerlo totalmente —me provoca J.

Está siendo irónico. Pero yo sigo adelante.

—¿Qué has venido a hacer hoy aquí? Intentar convencerme de que estoy equivocado, como siempre. Di lo que quieras, pero que sepas que las palabras no van a cambiar nada. No estoy bien.

—Es justo por eso por lo que he venido hoy aquí. Presentí lo que estaba pasando hace tiempo. Pero siempre hay un momento exacto para actuar —afirma J., mientras coge una pera de la mesa y la gira en sus manos—. Si hubiésemos hablado antes aún no estarías maduro. Si hubiésemos hablado después ya te habrías podrido. —Le da un mordisco a la fruta, saboreándola—. Perfecto. Es el momento justo.

–Tengo muchas dudas. Y las peores son mis dudas de fe –insisto.

–Genial. Es la duda la que empuja al hombre hacia adelante.

Como siempre, buenas respuestas y buenas imágenes, pero hoy no funcionan.

–Te voy a decir lo que sientes –continúa J.–: que todo lo que has aprendido no ha enraizado, que eres capaz de zambullirte en el universo mágico, pero no de quedarte sumergido en él. Que puede que esto no sea más que una gran fantasía que el ser humano crea para apartar su miedo a la muerte.

Mis cuestiones son más profundas: son dudas de fe. Tengo una única certeza: existe un universo paralelo, espiritual, que interfiere en el mundo en el que vivimos. Aparte de eso, todo lo demás –libros sagrados, revelaciones, guías, manuales, ceremonias–, todo eso me parece absurdo. Y, lo que es peor, sin efectos duraderos.

–Te voy a decir lo que sentí yo –continúa J.–. Cuando era joven, me deslumbraban todas las cosas que la vida podía ofrecerme, y creía que era capaz de conseguirlas todas. Cuando me casé tuve que escoger un solo camino, porque tenía que mantener a la mujer que amo y a mis hijos. A los cuarenta y cinco años, después de convertirme en un ejecutivo de mucho éxito, vi a mis hijos crecer e irse de casa y pensé que, a partir de entonces, todo sería una repetición de lo que ya había experimentado.

»Fue ahí donde empezó mi búsqueda espiritual. Soy un hombre disciplinado y me dediqué a ella con toda mi energía. Pasé por momentos de entusiasmo y de incredulidad hasta que llegué al momento que tú estás viviendo hoy.

–J., a pesar de todos mis esfuerzos, no puedo decir: «Estoy más cerca de Dios y de mí mismo» –digo, con cierta exasperación.

–Eso es porque, como todas las personas del planeta, pensaste que el tiempo te iba a enseñar a acercarte a Dios. Pero el tiempo no enseña; sólo da una sensación de cansancio, de envejecimiento.

El roble ahora parecía estar mirándome. Debía de tener más de cuatro siglos, y todo lo que había aprendido era a permanecer en el mismo lugar.

–¿Por qué fuimos a hacer un ritual al roble? ¿Cómo nos ayuda eso a convertirnos en mejores seres humanos?

–Porque la gente ya no hace rituales en los robles. Y, actuando de una manera que puede parecer absurda, tocas algo profundo en tu alma, en su parte más antigua, más cercana al origen de todo.

Es verdad. Pregunté lo que sabía y recibí la respuesta que esperaba. Tengo que aprovechar mejor cada minuto a su lado.

–Es hora de salir de aquí –dice J., de forma abrupta.

Miro el reloj. Le explico que el aeropuerto está cerca, que podemos seguir charlando un poco más.

–No me refiero a eso. Cuando pasé por lo que tú estás viendo ahora, encontré la respuesta en algo que sucedió antes de que yo naciese. Es lo que estoy sugiriendo que hagas.

¿Reencarnación? Él siempre me había disuadido de visitar mis vidas pasadas.

–Ya he ido al pasado. Aprendí solo, antes de conocerte. Hemos hablado sobre eso; vi dos reencarnaciones: un escritor francés en el siglo diecinueve y un...

–Sí, ya lo sé.

–Cometí errores que no puedo arreglar ahora. Y me dijiste que no volviese a hacerlo, pues sólo conseguiría aumentar mi culpa. Viajar a vidas pasadas es como abrir un agujero en el suelo y dejar que el fuego de la planta de abajo incendie el presente.

J. tira lo que queda de la pera a los pájaros del jardín y me mira, irritado:

–No digas tonterías, por favor. No me hagas pensar que no has aprendido nada en estos veinticuatro años que hemos pasado juntos.

Sí. Sé de qué habla. En la magia –y en la vida– sólo existe el momento presente, el AHORA. El tiempo no se mide como si calculáramos la distancia entre dos puntos. El «tiempo» no pasa. El ser humano tiene una gran dificultad para concentrarse en el presente; siempre está pensando en lo que ha hecho, en cómo podría haberlo hecho mejor, en las consecuencias de sus actos, en por qué no se comportó como debería haberlo hecho. O se preocupa del futuro, de lo que va a hacer mañana, qué decisiones tendrá que tomar, qué peligro lo acecha a la vuelta de la esquina, cómo evitar lo que no desea y cómo conseguir lo que siempre ha soñado.

J. retoma la conversación.

–Así, aquí y ahora, empiezas a preguntarte: ¿hay realmente algo que no va bien? Sí. Pero en este momento también entiendes que puedes cambiar tu futuro trayendo el pasado al presente. El pasado y el futuro sólo existen en nuestra memoria.

»Pero el momento presente está más allá del tiempo: es la eternidad. Los hindúes usan la palabra «karma», a falta de algo mejor. Pero el concepto está mal explicado: no es lo que hiciste en tu vida anterior lo que afectará al presente. Es lo que haces en el presente lo que redimirá el pasado y, lógicamente, cambiará el futuro.

–O sea...

Hace una pausa, cada vez más irritado porque no consigo entender lo que intenta explicarme.

–No tiene sentido quedarse aquí usando palabras que no quieren decir nada. Experimenta. Es hora de que *tú* salgas de

aquí. De reconquistar tu reino, ahora corrompido por la rutina. Ya basta de repetir siempre la misma lección, no es eso lo que hará que aprendas algo nuevo.

–No se trata de rutina. Soy infeliz.

–Eso se llama rutina. Piensas que existes porque eres infeliz. Otras personas existen en función de sus problemas y se pasan la vida hablando compulsivamente de ellos: problemas con los hijos, con el marido, en el colegio, en el trabajo, con los amigos. No se paran a pensar: estoy aquí. Soy el resultado de todo lo que ha sucedido y de lo que va a suceder, pero estoy aquí. Si he hecho algo mal, puedo corregirlo o al menos pedir perdón. Si he hecho algo correcto, hace que sea más feliz y esté más conectado con el ahora.

J. respira hondo antes de terminar:

–Ya no estás aquí. Es hora de salir para volver de nuevo al presente.

Era lo que yo temía. Hace algún tiempo que me insinuaba que era el momento de dedicarme al tercer camino sagrado. Sin embargo, mi vida había cambiado mucho desde el lejano año de 1986, cuando la peregrinación a Santiago de Compostela me llevó a afrontar mi propio destino, o el «proyecto de Dios». Tres años más tarde hice el Camino de Roma, en la región en la que estábamos ahora; un proceso doloroso, tedioso, que me obligó a pasar setenta días haciendo a la mañana siguiente todos los absurdos que había soñado la noche anterior (recuerdo que pasé cuatro horas en una parada de bus, sin que nada importante sucediese).

Desde entonces, obedecía con disciplina todo lo que mi trabajo me exigía. A fin de cuentas, era mi elección y mi bendición. Es decir, me puse a viajar como un loco. Las grandes

lecciones que aprendí fueron precisamente aquellas que los viajes me enseñaron.

Mejor dicho, siempre he viajado como un loco, desde joven. Pero últimamente tenía la sensación de que vivía en aeropuertos y hoteles, y el sentido de la aventura estaba dando paso a un profundo hastío. Cuando me quejaba de que no podía quedarme mucho tiempo en el mismo sitio, la gente se extrañaba: «¡Pero si viajar está tan bien! ¡Es una pena que yo no tenga dinero para hacerlo!»

Viajar nunca es una cuestión de dinero, sino de coraje. Pasé gran parte de mi vida recorriendo el mundo como un hippy y ¿qué dinero tenía entonces? Ninguno. Apenas tenía para el billete, pero aun así creo que fueron algunos de los mejores años de mi juventud: comiendo mal, durmiendo en estaciones de tren, incapaz de comunicarme por culpa del idioma, viéndome obligado a depender de otros incluso para encontrar un techo donde pasar la noche.

Después de mucho tiempo en la carretera, escuchando una lengua que no entiendes, usando un dinero cuyo valor no conoces, caminando por calles por las que nunca has pasado, descubres que tu antiguo Yo, con todo lo que ha aprendido, es absolutamente inútil ante esos nuevos desafíos y empiezas a darte cuenta de que, enterrado en el fondo de tu subconsciente, hay alguien mucho más interesante, aventurero, abierto al mundo y a las nuevas experiencias.

Pero llega un día en el que dices: «¡Basta!»

—¡Basta! Para mí viajar se ha convertido en una monótona rutina.

—No, no basta. Nunca va a bastar —insiste J.—. Nuestra vida es un constante viaje, desde el nacimiento hasta la muerte. El paisaje varía, la gente cambia, las necesidades se transforman, pero el tren sigue adelante. La vida es el tren, no la

estación. Y lo que has estado haciendo no es viajar, sino cambiar de países, lo cual es completamente distinto.

Niego con la cabeza.

—No va a servir de nada. Si tengo que corregir un error que cometí en otra vida, y soy profundamente consciente de él, puedo hacerlo aquí mismo. En aquel calabozo yo sólo obedecía órdenes de alguien que parecía conocer los designios de Dios: tú.

»Por lo demás, ya encontré por lo menos a cuatro personas a las que pedí perdón.

—Pero no descubriste la maldición que se te lanzó.

—Tú también fuiste maldecido en la misma época. ¿Y lo descubriste?

—Descubrí mi maldición, y te puedo asegurar que fue mucho más dura que la tuya. Tú fuiste cobarde una vez, mientras que yo fui injusto en muchas ocasiones. Pero eso me liberó.

—Si quiero viajar en el tiempo, ¿por qué necesito viajar en el espacio?

J. se ríe.

—Porque todos tenemos una posibilidad de redención, pero para eso tenemos que encontrar a las personas a las que hicimos daño y pedirles perdón.

—¿Y adónde voy? ¿A Jerusalén?

—No sé. A donde te comprometas a ir. Descubre lo que dejaste inacabado y termina tu obra. Dios te guiará, porque aquí y ahora está todo lo que viviste y lo que vivirás. En este momento el mundo está siendo creado y destruido. El que conociste aparecerá de nuevo, el que dejaste partir volverá. No traiciones las gracias que te fueron concedidas. Entiende lo que te ocurre y sabrás lo que le pasa a todo el mundo.

«No pienses que he venido a traer la paz. He venido a traer la espada.»

La lluvia me hace temblar de frío, y mi primer pensamiento es: «Voy a coger una gripe.» Me consuelo pensando que todos los médicos que he conocido dicen que la gripe la provoca un virus, no las gotas de agua.

No consigo estar aquí y ahora; mi cabeza es un remolino. ¿Adónde debo llegar? ¿Adónde debo ir? ¿Y si no soy capaz de reconocer a las personas en mi camino? Eso seguro que ya ha pasado otras veces, y volverá a suceder; en caso contrario, mi alma ya estaría en paz.

Llevo cincuenta y nueve años conviviendo conmigo mismo, conozco algunas de mis reacciones. Al principio de nuestra relación, las palabras de J. parecían inspiradas por una luz mucho más fuerte que él. Yo lo aceptaba todo sin preguntar una segunda vez, seguía adelante sin miedo y jamás me he arrepentido de haberlo hecho. Pero el tiempo fue pasando, la convivencia aumentó y, junto a ella, vino el hábito. Aunque jamás me haya decepcionado en nada, ya no podía verlo de la misma forma. Aunque por obligación –aceptada voluntariamente en septiembre de 1992, diez años después de conocerlo– tuviera que obedecer a lo que me decía, ya no lo hacía con la misma convicción que antes.

Estoy equivocado. Si escogí seguir esa Tradición mágica,

no debería hacerme ese tipo de preguntas ahora. Sin duda tiene razón, pero me he conformado con la vida que llevo y ya no necesito más desafíos. Sólo paz.

Debería ser un hombre feliz: tengo éxito en mi profesión, una de las más difíciles del mundo; estoy casado desde hace veintisiete años con la mujer que amo; gozo de buena salud; vivo rodeado de gente en la que puedo confiar; siempre recibo el cariño de mis lectores cuando me los encuentro por la calle. Hubo un momento en que eso bastaba, pero en estos dos últimos años nada parece satisfacerme.

¿Se tratará simplemente de un conflicto pasajero? ¿No basta con rezar las oraciones de siempre, respetar la naturaleza como la voz de Dios y contemplar lo que hay de hermoso a mi alrededor? ¿Para qué desear ir más adelante si estoy convencido de que he llegado a mi límite?

¿POR QUÉ NO PUEDO SER COMO MIS AMIGOS?

La lluvia cae cada vez con más fuerza, y yo no oigo nada además del ruido de agua. Estoy empapado y no consigo moverme. No quiero salir de aquí porque no sé adónde ir, estoy perdido. J. tiene razón: si realmente hubiese llegado al límite, esta sensación de culpa y de frustración ya me habría pasado. Pero sigue. Temor y temor. Cuando la insatisfacción no desaparece, es porque fue puesta ahí por Dios con una única razón: es preciso cambiarlo todo, caminar hacia adelante.

Ya he vivido eso antes. Cuando me negaba a seguir mi destino, sucedía en mi vida algo muy difícil de soportar. Y ése es mi gran temor en este momento: la tragedia. Un cambio radical en nuestras vidas siempre ligado al mismo principio: la pérdida. Cuando estamos ante una pérdida, no sirve de nada recuperar lo que ya se fue; es mejor aprovechar el gran espacio abierto y rellenarlo con algo nuevo. Teóricamente, toda pérdida es por nuestro bien; en la práctica, es cuando cuestio-

namos la existencia de Dios y nos preguntamos: ¿me merezco esto?

«Señor, ahórrame la tragedia y seguiré Tus designios.»

Justo al pensar en eso, retumba un trueno y el cielo se ilumina con la luz de un rayo.

De nuevo, temor y tremor. Una señal. Yo aquí intentando convencerme de que siempre doy lo mejor de mí mismo y la naturaleza diciéndome exactamente lo contrario: el que está realmente comprometido con la vida jamás deja de caminar. Cielo y tierra se enfrentan en una tempestad que, al pasar, dejará el aire más puro y el campo fértil, pero hasta entonces se derrumbarán casas, caerán árboles centenarios, se inundarán lugares paradisíacos.

Se acerca un bulto amarillo.

Yo me entrego a la lluvia. Caen más rayos, mientras la sensación de desamparo va siendo sustituida por algo positivo, como si mi alma poco a poco fuese lavada con el agua del perdón.

«Bendice y serás bendecido.»

Las palabras salieron naturalmente de mi interior, la sabiduría que desconozco tener, que sé que no me pertenece, pero que a veces se manifiesta y no me deja dudar de lo que he aprendido durante todos esos años.

Mi gran problema es ése: a pesar de esos momentos, sigo dudando.

El bulto amarillo está delante de mí. Es mi mujer, con una de las capas de color chillón que usamos cuando vamos a pasear por lugares de difícil acceso en las montañas; si nos perdemos será más fácil localizarnos.

—Has olvidado que tenemos una cena.

No, no lo he olvidado. Salgo de la metafísica universal en la que los truenos son voces de dioses y vuelvo a la realidad de

la ciudad del interior, el buen vino, el carnero asado, la charla alegre con los amigos que nos contarán sus aventuras sobre un reciente viaje en Harley-Davidson. De vuelta a casa para cambiarme de ropa, resumo en pocas frases la conversación con J. aquella tarde.

–¿Y te ha dicho adónde deberías ir? –pregunta mi mujer.

–«Comprométete», me dijo.

–¿Y eso es difícil? No seas tan cabezota. Pareces más viejo de lo que ya eres.